

*piscatorum stultam fecit scientiam philosophorum.* Y si la razon ha servido al mundo de guia para inclinarle á que se sujetase y reconociese la doctrina moral del Evangelio, ¿ cómo ha abandonado el mundo y dejádole solo en punto á la creencia y fe que ha prestado á los milagros del Evangelio? ¿ Cómo es posible, ni quién podrá jamas comprenderlo, que unos mismos hombres en un mismo tiempo y en un mismo momento se hayan determinado á obrar segun la razon, y á creer contra la razon, á adoptar unas virtudes tan rígidas que ofendian y contradecian todas las inclinaciones de su corazon, y á creer unos milagros que repugnaban todas las luces de su razon? Y en fin la moral de la Religion ¿ no es superior infinitamente á la moral de la razon? Desasimiento en las riquezas, humildad en la grandeza, tranquilidad en los infortunios, alegría en las lágrimas, retiro y soledad interior, amor á los enemigos y mortificacion de cuantas pasiones brotan en el corazon, ejercicio de todas las virtudes ignorando que se tienen; no creernos á nosotros, ni creer para nosotros, sino á Dios y por Dios; ántes de Jesucristo ¿ se habia oído esta doctrina, ni este lenguaje? Y para llegar desde el hombre meramente racional al hombre cristiano y evangélico, ¿ qué distancia tan inmensa nó hay que correr?

¿ Querréis todavía que esta resolucion inopinada fuese efecto de la inconstancia natural al hombre voluble, que con tanta facilidad se fastidia de los vicios como de las virtudes? Pero ¿ cuándo se vieron hasta entónces, y cómo no se han renovado despues jamas, estas felices conversiones de la casualidad y del capricho? Vemos que los hombres andan vagando de una passion en otra, y dejando un vicio por entregarse á otro; pero ¿ hemos visto á alguno que sin ser movido con sérias reflexiones ó con auxilios poderosos, pase del vicio á la virtud, y á unas virtudes parecidas á las que enseña el Evangelio?

Pregúntoos, amados oyentes míos, si una persona soberbia, altanera, ambiciosa, interesada, engolfada en el mundo, y entregada á sus deleites y honras, se resolviese á seguir la virtud, viviendo en oracion, recogimiento y santa sencillez, negada á todos los impulsos de la envidia y de la vanidad, sin aspirar á la fortuna, ni al valimiento, deseosa únicamente de que el mundo no la conozca, y de no conocer ella al mundo, sino para edificarle con sus buenos ejemplos, y consolarle en sus aflicciones; ó si alguno de esos sabios libertinos, tan engreído con

su ciencia y talentos que se desdeña soberbiamente de la sencillez evangélica, renunciase de repente á la orgullosa sabiduría de que hace tan pomposa ostentacion, y á las vergonzosas pasiones que con tanta diligencia oculta, ó con tanta desvergüenza y escándalo manifiesta; si semejante hombre, repito, empezase á pensar, á creer y vivir como cristiano, ¿ quién de vosotros no exclamaria que esta conversion era obra de la mano del Altísimo? *Digitus Dei est hic* (1). ¿ De dónde provino pues la conversion y santificacion de tantos pueblos y naciones?

Y no ateguéis que no todos los hombres que entónces eran cristianos en la fe, lo eran tambien en las costumbres, porque os replicaré, que no solo no enflaquecéis ni oscurecéis su prodigiosa fe con esta objecion, sino que ántes la ensalzáis mas, dándole un nuevo lustre. Porque en efecto, profesar una Religion que nos humilla, que reprueba nuestras malas inclinaciones, que nos obliga á renunciarnos á nosotros mismos; prestar asenso á una Religion que sin cesar fulmina truenos de amenazas y maldiciones contra el pecador impenitente; á una Religion en cuyo seno tiene depositadas contra él llamas voraces y un infierno inextinguible; ¿ no es esto confesar que no puede el hombre dejar de creer, y que no halla motivo ni pretexto alguno para negarse á creer? Y si la fe del justo honra la santidad del Evangelio, ¿ no podemos decir que la fe del pecador honra casi tanto su verdad? Porque ¿ de quién se sospechará ménos que tiene grandes fundamentos para creer, sino del que cree contra el torrente de sus propias inclinaciones? Y ¿ qué religion tiene mas asegurado su crédito y probanza, que la seguida por los hombres á pesar del grande y urgente interes que tienen en no creerla? De modo que no sé yo quién acredita con testimonio mas auténtico la Religion católica, si la fe de los pecadores cuyos vicios prohíbe y detesta, ó el fervor de los justos que con tanta fidelidad cumplen con sus preceptos. Lo que sé ciertamente es que los desórdenes de los unos solo son argumento de la humana fragilidad, miéntras la virtud de los otros requiere una resolucion y fuerzas superiores al hombre. Con efecto, y vuelvo á repetirlo, si hasta en el centro del cristianismo nos parece un perfecto cristiano tan digno de la ad-

(1) *Exod. c. 8. v. 17.*



miracion comun; si no obstante los beneficios de la educacion, de la fe, de tantos documentos, ejemplos y gracias; y sin embargo del asenso tan pleno y total con que creemos la verdad de nuestra Religion, se hallan tan pocos virtuosos segun la norma y la ley del Evangelio, ¿cómo es posible que se hallasen, sin una especie de milagro, en un mundo donde el nacimiento, la educacion, las preocupaciones, los ejemplos, la autoridad, todo por fin concurría á que los hombres viviesen apartados del Evangelio? Lo que la fe no consigue de un mundo cristiano, ¿quién sino Dios pudo conseguirlo de un mundo idólatra? En conclusion toda la doctrina del Evangelio es opuesta á las pasiones, y todos los apetitos del corazon son contrarios á esa misma doctrina del Evangelio; de donde se sigue que solo Dios ha podido convertir el corazon del hombre en corazon de un cristiano. Pero, dirá alguno, ya que la Religion no halló en sí misma auxilios ni socorros para establecerse, ¿no los halló por ventura fuera de sí? A esto responderé en la tercera parte, donde os haré ver esta Religion como obra de un Dios fuerte y omnipotente, que frustra y mira como un juego pueril los designios y resistencias de los hombres, ya que os la he manifestado hasta aquí como obra de un Dios de sabiduría infinita, que señorea el entendimiento y juicios de los mortales, y como obra del Dios de las virtudes y de la santidad, que domina la voluntad y el corazon humano.

### PARTE TERCERA.

Agréganse á las contradicciones del entendimiento y del corazon contra el Evangelio las resistencias de la autoridad, del poder, del valimiento. Con que no le basta á la Religion ilustrar el entendimiento y mover el corazon, sino que se ve obligada á combatir contra el mundo, y á vencer sus resistencias y poderío. Seguíd paso á paso á la Religion por este nuevo camino que emprende, y no os faltarán motivos de adorar al Dios que la guia y gobierna, que la saca victoriosa de las resistencias del mundo, y facilita sus triunfos por medio de esas mismas resistencias del mundo.

Triunfa la Religion de las resistencias del mundo. ¡Qué espectáculo se descubre aquí á nuestra vista, y cómo sufrirá el

mundo la relacion de sus vergonzosos delitos! El acero de los tiranos se desenvaina para destruccion de la Iglesia, se afila para degollarla en la cuna, y todas las naciones se conjuran contra aquella nacion santa, luego que se deja ver en el mundo. El odio, la envidia, el orgullo, el zelo hipócrita de las sinagogas se abanderizan y coligan con las preocupaciones, con las supersticiones, con los vicios y pasiones de la idolatría, y para exterminar la Religion, tienen resuelto valerse de las mas atroces calumnias, del rigor de las leyes, del zelo de los magistrados, de la autoridad de los príncipes, del furor y licencia desenfrenada del pueblo. El senado y los césares establecen por fundamento de su política y razon de estado destruir y exterminar el cristianismo. Enciéndese el fuego de la persecucion: ¡ay, cuántos años correrán primero que se apague! persecucion la mas violenta y mas cruel! Uno de los menores suplicios que han de pacer los cristianos, es la muerte, y la suerte que les ha de caber es no morir hasta haber agotado el cáliz de la cólera de los tiranos, y fatigado las fuerzas de los verdugos: martir habrá que sufra todo linaje de tormentos, y á quien no se le conceda morir hasta que haya experimentado sucesivamente todos los grados de dolor y crueldad que puede inventar la venganza humana, estimulada por las furias infernales. La suerte que los espera, repito, es morir destituidos del leve consuelo que causan las demostraciones lúgubres ó el silencio melancólico, testigo de la compasion con que la humanidad se condele muchas veces de los delincuentes, y que no sabe negar á la inocencia que padece. Mas en el cristiano un padre no reconoce ya á su hijo, ni la esposa al esposo, ni el príncipe al vasallo, ni el magistrado al ciudadano, ni un hombre á otro hombre; pues esta profesion y nombre rompe los vínculos mas sacrosantos de la sangre y de la naturaleza: *veni enim separare... filium adversus matrem* (1). La misma Roma en sus inhumanos circos no gusta ya de ver la sangre de sus gladiadores, y solo se complace con la efusion de la sangre de los discípulos de Jesus, de que se muestra sedienta; y la política, que tanto se interesa en los aplausos del pueblo, no encuentra camino ni medio mas oportuno para complacerle, que ofrecer en público espectáculo á un cristiano hecho presa de la bravura de los leo-

(1) *S. Matth. c. 10. v. 34.*



nes y tigres, ó de la voracidad de las hogueras, pues las demas diversiones se miran ya como indignas de la asistencia y aplausos del pueblo vencedor y árbitro del universo. La suerte últimamente que espera á los cristianos, es morir, y no oír al espirar sino improperios y execraciones. Un cristiano en su concepto es lo mismo que un traidor, un perjuro, un sacrilego, un enemigo del cielo y de la tierra, del príncipe y de la patria, de la razón y de las costumbres: basta la profesion de cristiano para reputar por convencido públicamente de impiedad, de asesinatos, de sediciones, y no parece sino que al recibirla y ejercitarla, se despojó el cristiano de todas las virtudes, y se contaminó con todos los vicios.

Fué esta persecucion generalísima. Ansioso el furor y rabia de los tiranos de exterminar y destruir hasta los menores vestigios del Evangelio, atraviesa los mares y se interna por los desiertos. Mirád sino á esos cristianos que huyen de todas partes, y en ninguna encuentran lugar seguro: solo en las profundas cavernas, en las entrañas de la tierra les es lícito erigir templos donde pueda la Religion ofrecer sus sacrificios; si bien muchas veces ni la oscuridad de la mas tenebrosa noche basta á ocultarlos de la vista de los verdugos! Fué generalísima; y así no perdonó edad, sexo, clase, condicion, mérito, ni virtud. Fué finalmente continua y constante; y si el acero exterminador embotó alguna vez sus filos, solo fué para herir despues con mayor fuerza: testigos tres siglos de peligros, lágrimas y tormentos.

No vivía pues la Religion libre y pacífica cual ahora la vemos, amparada del patrocinio de las leyes y de la defensa del trono; ántes vivía desterrada, entre cadenas, en calabozos, sobre cadalsos y hogueras, inundada en lágrimas y bañada con la sangre de sus apóstoles y discípulos, sin mas atractivo que el de convidar y llamar á todos para que siguiesen las pisadas del Crucificado, participando de sus penas é ignominias. ¿Qué cosa era pues entónces, por consiguiente, hacerse un hombre cristiano? Oídlo brevemente. No era otra que dedicarse y sujetarse á la práctica y ejercicio de la mas rigurosa virtud, exponiéndose al mismo tiempo á sufrir tormentos y afrentas, cargando con la ignominia de los mas abominables delitos. Pero sin embargo del horrible empeño del mundo conjurado, la doctrina evangélica rompe los diques, desbarata los impedimentos que

se oponen á sus progresos, crecen de dia en dia sus conquistas, y acúdenle sin cesar maestros, discípulos, nuevas víctimas que se sustituyen en lugar de los apóstoles y mártires primeros, degollados con el cuchillo de la persecucion. Apenas se apaciguó la tempestad, cuando se llenaron de los que la profesaban, la corte, el senado, el ejército, la Italia y las provincias; de suerte que Tertuliano avisaba á los césares, que mirasen no les cumpliese el cielo justamente airado sus desatinados deseos, porque si llegaban á exterminar enteramente á los cristianos, serian solamente señores de vastas y yermas regiones, el trono careceria de vasallos, y de ciudadanos la patria.

Así se iba verificando la sentencia del Apóstol, de que llegaría tiempo en que el Dios, dispensador y árbitro de los sucesos humanos y divinos, haría que las cosas é instrumentos mas flacos y débiles que hay en el mundo, triunfasen de los mas fuertes y poderosos: *infirmi mundi elegit Deus ut confundat fortia* (1).

¿De qué otro principio, sino del de la gracia, podian proceder aquella constancia y valentía, á que jamas llegó ni igualó la belicosa intrepidez de los mas famosos conquistadores? ¿Sabéis de dónde nacia por lo comun el valor tan celebrado de aquellos héroes? De la ambicion, de la codicia, del deseo de lucir y adquirir gloria, y de la consideracion de que los ojos del mundo no los perdian de vista en la carrera de sus hazañas con la solicitud y curiosidad de llenarlos de aplausos ó de vituperios, según que los viesen ó arrojarlos á los peligros, ó huirlos. Como eran valientes por miedo, para explicarme así, el temor de desacreditarse los sobreponia al temor de otro peligro ménos temible; y cediendo el amor propio á la vanidad, la necia esperanza de immortalizarse en la memoria de los siglos venideros, los hacia derramar su sangre pródigamente. Pero por mas que examinéis y sondeéis los mas ocultos senos del corazon de todo hombre que obra mirándose á sí solo, no descubriréis el menor vestigio de aquella generosa valentía de los héroes del Evangelio que solo trabajan en cumplimiento de su ministerio; valentía é intrepidez que no flaquea á vista de aquellos dos peligros, que cuando amenazan juntos, no hay afecto, no hay temor natural al hombre, que le suministre auxilio ni recurso al-

(1) I. *ad Cor. c. 1. v. 27.*



guno de valor; los dos peligros digo, el uno de morir á violencia de los mas crueles tormentos y el otro de morir ignominiosamente, cargado con el odio y maldicion universal.

Apresúrate, filosofía mundana, apresúrate, repito, á hacer ostentoso alarde de tus mas ilustres y mas severas virtudes; que averiguarás ciertamente que todos tus héroes apénas quedan reducidos á la esfera de hombres, comparados con los mas flacos y frágiles profesores del Evangelio: *Infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia*: ó ántes tú misma nos confesarás que no ménos hablaba el profeta Isaías con el presuntuoso filósofo, que con Israel rebelde, cuando decia: tendrán delante de sus ojos la verdad, y no la verán: *videntes videbitis, et non perspicietis* (1): y no solo no querrán reconocerlas, sino que enseñarán en su lugar fábulas y mentiras; y habituados á no responder con razones, sino con desprecios, ultrajes, insultos y declamaciones injuriosas, se desahogarán levantádoles falsos testimonios, y atribuyéndoles fanatismos, preocupaciones, caprichos, ilusiones y engaños.

Delirio, gritáis, y fanatismo. Ó filósofos! sabéis qué haceis en esto? Que para defenderos del invencible argumento con que arguye á su favor la Religion de una fuerza y una intrepidez evidentemente milagrosa, en la cual todo es de Dios, porque todo es superior á las fuerzas humanas, tenéis la desvergüenza de contraponerle la sombra vana de un prodigio fantástico, que ni puede provenir de Dios, ni del hombre. El milagro quiero decir de un fanatismo aéreo y supuesto, que no pudiendo caber sino en el natural arrebatado de unos pocos hombres vivos y bulliciosos, fáciles de moverse á cualquier viento, de imaginacion ardiente, incapaces de pensar con sosiego y de hacer profundas reflexiones, era preciso no obstante, segun vosotros, que hubiese sido comun á todas las edades, á todos los sexos y á todos los estados; á las almas mas sosegadas, tímidas y medrosas, y á las mas intrépidas y diligentes; á la vejez mas decrepita y yerta, y á la juventud mas inconsiderada y fogosa; al hombre mas condecorado con nacimiento ilustre, con dignidades y empleos, de mas alto ingenio, de mas vasta ciencia y de talentos mas sublimes, y al hombre mas vulgar, de mas humilde cuna, de mas corto entendimiento; un frenesí

(1) *Act. Ap. c. 28. v. 26.*

que hubiese cundido en todas las naciones á pesar de la distancia que las separa, de las diferencias de genios, de inclinaciones, de usos, de costumbres, de opiniones, de falsas ideas con que se distinguen y caracterizan; un fanatismo, que en lugar de ser una exhalacion, una llamarada que apénas prende, cuando se apaga, fuese igual en la duracion y en los progresos; pues vemos que venció el curso de los años, que se perpetuó en la dilatada serie de tres siglos, que ni el tiempo, ni la reflexion, ni las lecciones de la experiencia debilitaron ni amortiguaron su actividad, y que su perseverancia triunfó de la persecucion, que no llegó á aplacarse sino porque desesperaba de exterminarla. Por otra parte ¿cómo estaban templados el entendimiento y corazon de aquellos apóstoles, cuál era la conducta y costumbres de aquellos mártires, que en fuerza de este fanatismo subian á los cadalsos, se arrojaban á las hogueras; ¿de aquellos hombres, digo, que tenian ideas tan altas y tan sublimes de la divinidad, que reprobaban tan expresamente y con tanta vehemencia impugnaban las desatinadas supersticiones del paganismo: que enseñaban una doctrina tan pura y tan santa, viviendo segun ella; que no respiraban sino paz y concordia, sujecion á la autoridad y á las leyes, caridad y benevolencia, recato y modestia, desasimiento y humildad; ¿de aquellos ejemplares de todas las virtudes, que la razon sola puede enseñar, y de muchas mas, de que la razon sola no puede ser maestra; ¿son estos hombres, pregunto, algo mas que hombres, y al mismo tiempo algo ménos que hombres; mas sabios que los filósofos, y de menor capacidad que el pueblo rudo; defensores acérrimos del culto que se debe á Dios, y tan mentecatos que creen en los sueños y fantásticas quimeras de unos supuestos milagros que se les prometen, y que no ven cumplidos; señores de sí mismos en tanto grado, que no sienten pasiones, y son ludibrio al mismo tiempo de una yana ilusion sin conocer la fuerza de la razon? Ah! si tales son las costumbres y la doctrina, si tal la perseverancia de unos varones tan intrépidamente virtuosos, que provocan continuamente el acero de los tiranos, sin dejar de venerar y adorar la Providencia que le pone en sus manos; que no saben vengarse de sus enemigos sino con suspiros humildes, con oraciones fervorosas, con deseos ardientes por su felicidad; que con tanta prontitud ofrecen su vida, cuando se la piden, y que tan claros y singulares testimonios



de zelo y fidelidad dan en medio de las tempestades que se levantan contra el trono por el discurso de tres siglos; si tales, repito, son las acciones que acreditan el delirio y el fanatismo, enséñennos los filósofos incrédulos cuáles son las propiedades, el carácter y el sello de la razon serena y despejada. Reducidos pues á la necesidad de juzgar quiénes son los fanáticos y delirantes, si los cristianos primitivos ó nuestros sabios modernos, ¿no reputaremos con razon por tales á los que inventan y se imaginan esta quimera de fanatismo, revestido de todos los coloridos de la razon, y no presumiremos con todo fundamento que se cumple en ellos aquel terrible castigo con que amenaza la sagrada Escritura á los entendimientos soberbios, de que el frenesí de la impiedad infundirá en su imaginacion los sueños y extravagancias del mas reprehensible delirio? *Moti sunt sicut ebrius, omnis sapientia eorum devorata est* (1). Sigámoslos por los torcidos caminos de sus miserables errores.

Recurrís, ó filósofos, á la fuerza y poder de la preocupacion. No nacemos cristianos, os responderá Tertuliano, sino que nos hacemos: *non nascimur, sed fimus christiani*. Es verdad, prosigue, que miéntras tuve la desgracia de ignorar la doctrina del Evangelio, la impugné en fuerza de esta preocupacion; mas ahora que tengo pleno conocimiento de ella, me complazco en vivir bajo el yugo suave de su ley, y estoy pronto á dar la vida con alegría en su defensa. Porque es de saber que en la primitiva Iglesia se renovó muchas veces el ejemplo de Saulo, que de perseguidor se convirtió en apóstol de ella, y los mismos que habian martirizado á tantos cristianos, vinieron á mezclar su sangre con la de aquellos bienaventurados. El primer sacrificio que la Religion les pedia, era el desprecio y odio de las preocupaciones; sacrificio que conseguia con tanta mayor dificultad, cuanto que no se ceñia solamente al nacimiento, á la crianza y á las ideas, sino que se extendia á las preocupaciones mucho mas fuertes y poderosas de las inclinaciones, del corazon, de la independencia, de la libertad y del respeto humano, y que en virtud de este primer sacrificio debia el cristiano reputarse como una víctima preparada para el cuchillo, luego que la persecucion se enfureciese.

Apeláis tambien á la imprudencia con que fácilmente caye-

(1) *Psalm. 106. v. 27.*

ron los primeros cristianos en el lazo del error, que les armó el artificioso engaño de los maestros y doctores de la Religion católica. No quiero decir sino una palabra acerca de los milagros, en cuya defensa y testimonio hay obligacion de dar la vida. Pregunto, ¿no es caso este que pide que el hombre con todo su entendimiento y su corazon se dedique á examinarlos con la mas rigurosa crítica? El mismo amor propio, amedrentado á vista del peligro con que amenazan, ¿no procurará oscurecer su evidencia, suscitar dudas, y serenar la incertidumbre que le desasosiega, con el desden y desprecio, ó con el olvido que le tranquiliza? porque es cosa averiguada que con gran dificultad se presta asenso á la fe de semejantes milagros, aun cuando son evidentes y clarísimos. Pero creerlos cuando solo muestran algunas vislumbres de verdad, y cuando solo son una mera fábula, ¿habrá hombre capaz de semejante delirio? apelo á quien conoce el corazon humano. Y ¿no escarnece igualmente el filósofo incrédulo á la razon y á la Religion, pretendiendo hacernos creer que los primeros maestros y doctores del Evangelio dieron la vida en crédito y fe de unos milagros de que falsamente se persuadian que eran obradores, no obrándolos en la realidad; y que sus discípulos asimismo murieron, por dar testimonio de unos milagros que les parecia que existian, y que verdaderamente no existian?

Opondréis tambien el argumento del amor y adhesion vehemente á la doctrina, lo cual forma una disposicion próxima para recibir y creer los sucesos que parecen milagrosos. No ignoro que es propiedad de los sectarios creer y defender tenazmente todo lo que puede contribuir para justificar su secta; mas no quisiera que se os olvidara nunca esta reflexion convincente. En la Religion cristiana no ha preparado ni facilitado el dogma el camino para la creencia de los milagros, ántes los milagros han sido los argumentos que han probado y acreditado el dogma. Así vemos que los apóstoles no creyeron en Jesus resucitado, porque pensaban que era Dios, sino que por eso creyeron y publicaron que era Dios, porque no pudieron dudar que habia resucitado. Ved ahí pues la diferencia esencial que hay entre los milagros adoptados y creídos por la preocupacion y fingimiento humano, y los que sirven de basa y fundamento de nuestra Religion; de modo que léjos de que la creencia de la doctrina haya precedido á los hechos, la creencia y convenci-



miento solo de los hechos persuadió la doctrina. Luego los mártires no se sentían estimulados por ningún impulso ni inclinación á adoptar los milagros; luego los mártires mueren víctimas de su persuasión y de su creencia, y de una creencia la más fuerte, íntima y vehemente, supuesto que en fuerza de ella sacrifican sus haberes, su vida y su honra; de una creencia la ménos expuesta á error, supuesto que toda estriba y se funda en hechos y sucesos, acerca de los cuales es imposible que el hombre se engañe en tanto grado, que crea que los cree, cuando no los cree. Por consiguiente el esfuerzo valeroso de los mártires acredita su fe, y comprueba al mismo tiempo la verdad de la Fe.

Mas, ¡ó profundidad de los consejos y de la sabiduría de Dios! La violencia y la duración de las persecuciones en lugar de exterminar la Religión, solo sirvieron para asegurar y propagar su imperio. Aquella profecía que dijo Jesucristo, que cuando fuese levantado en la cruz, arrastraría á sí á todos los pueblos y naciones del mundo, se verificó igualmente en los apóstoles y sus primeros discípulos, pues el edificio de la Fe se erigió y levantó en algún modo sobre la ruina de las columnas destinadas para sustentarle. En los sucesos humanos los reyes son árbitros de los destinos de los reinos; el príncipe tiene en su mano la suerte de la monarquía, y las conquistas se acaban y fenecen por lo común con la muerte de los conquistadores. Pero la Religión de Jesucristo procede de un principio enteramente divino, y como tal no está sujeta á la condición de las cosas humanas en sus progresos; y así cuantas más gargantas de cristianos degüelle el cuchillo de la persecución, tanto más se propaga y multiplica el cristianismo. Maravilla verdaderamente estupenda, con que Tertuliano llamaba la atención de los césares. En vano, les decía, tenéis suspenso y desenvainado sobre nuestras cabezas el acero, pues cuanto más sangre derramáis, tanto más se fertiliza el campo de la Iglesia, y lleva mies más abundante: *quo plures metimur, eo plures effcimur*. Por un hijo de que los despojáis, vienen apresuradamente mil á sucederle; y habrá quien dudando en ciertas circunstancias declararse discípulo de Jesucristo, aspire ansiosamente en otras á la gloria de alistarse entre sus mártires: *in christianis crudelitas illecebra sectæ est*.

Ahora provoqué yo á la incredulidad más temeraria, para que

considere con ojos serenos un suceso á que no podrá responder. Con efecto aquel argumento incontrastable de que nos valemos para demostrar la existencia de Dios, y que Dios mismo se dignó de autorizar en el libro de Job, cuando hablando con el filósofo soberbio, díme, le pregunta, ¿qué mano fué aquella que tuvo tanto poder y sabiduría que afirmó la tierra sobre sí misma; que pesó la masa de los aires y de las aguas del mar; que comensuró la distancia y ordenó el curso de los astros; que vistió de luz al sol y á las estrellas? Estúdialo; que cuanto más cargues el peso de la consideración sobre los misterios de la naturaleza, descubrirás abismos más profundos, y si en el gran libro del Universo no ves ni lees á Dios, indicio es que estás ciego. Este argumento, repito, no manifiesta ménos evidentemente la divinidad de nuestra santa Religión, que el suceso insinuado que ahora os declararé. Entiéndense bien y sábense el origen y progresos sucesivos de los imperios de la tierra; y no se ignoran las máquinas de que la política y el esfuerzo humano se han valido para sujetar los pueblos; pero no hay entendimiento, por perspicaz que sea, que llegue á descubrir el origen de los progresos y triunfos de la Religión; y si no penetra hasta el mismo Dios, solo verá efectos sin causa. Considerad á los dioses del gentilismo colocados en el Capitolio, y al Hombre Dios, autor del Evangelio, pendiente en una cruz: ved las fabulosas deidades de los gentiles adoradas por el mundo y por los señores de él, y ved su culto mantenido por la política y razón de Estado, y por el interés todavía más poderoso del corazón y de las pasiones: ved esos mismos dioses rodeados de aquellas triunfantes legiones, que favorecidas por la victoria penetran mares y superan montes; que llevan armada la mano de aquel rayo de la guerra, cuyo fuego consumió tantos tronos, devoró tantos imperios; pero considerad á Jesús, detestado por el mismo pueblo donde nació, rindiendo el postrer suspiro en el Calvario, y muerto finalmente y sepultado. Quiero pues ahora que los césares se empeñen en hacerle adorar, y en introducir y propagar su doctrina; mas si otra mano más poderosa no les allana el camino, podrán conseguir que le presten alguna veneración, hija del terror, y la adoración política y exterior; pero nunca alcanzarán que le adoren con un culto de persuasión y de convencimiento, ni le adquirirán discípulos que le prediquen, ni mártires que le atestigüen. Este imperio